

Deslumbrado por la magia del pincel de Antonio López fui de los primeros en acercarme a su obra, ¿para qué? ^y ¿quién lo sabe? Yo buscaba algo, una muestra, una aproximación a su genio. Después aspiré a un recuerdo. En mi expectativa ávida llegué a proponerle: "Lo que quieras, Antonio. Una interrogación, mis iniciales firmadas por ti. Algo". Él sonreía, los ojos bajos, con su bonhomía habitual, esa sonrisa flébil de hombre cuya naturaleza no le permite complacer a tanta gente. Mas el talento pictórico de Antonio era tan excelso y natural que atraía al más profano. Yo sabía que me leía, me decía que gustaba de mis escritos, pero esto nada tenía que ver con mi deseo.

Le vi, le visité, volví a verle, a hablarle, él en Madrid, yo en Valladolid, pero el tiempo ^{corría} transcurría sin que nuestras relaciones progresaran. Transcurrieron ~~así~~ más de tres décadas, al cabo de las cuales fue Antonio López el que vino a mí ^{un intencional encuentro} a través de nuestro común amigo Antonio Piedra: ^{acompañado por el que me traigo la noticia habiendo}

^{la han notado.)} ¡Cuánto habíamos envejecido!:

-A Antonio López le gustaría hacerte ^{tu} una cabeza en bronce -me dijo.

Sentí un pequeño mareo, no me lo creí. No era posible que Antonio necesitase algo mío. Me emocioné, pero tanto insistió que acabé admitiéndolo, confundido. ¿Habría alguna otra cosa que pudiera desear más en el mundo? Se inició entre nosotros un trato más frecuente y familiar. ^{Antonio lo he y yo} Nos veíamos y charlábamos. Antonio me observaba. Yo observaba a Antonio. Me cautivaba la naturalidad de su ofrecimiento, su absoluta espontaneidad sin asomo de esnobismo: Como si me pidiera un favor. Su manera de manifestarse estaba a mil leguas de la autosuficiencia, y seguía trabajando a su manera, pau-

Deslumbrado por la magia del pincel de Antonio López fui de los prime-
ros en acercarme a su obra. ¿Para qué? ¿Otra vez? Yo buscaba algo,
una muestra, una aproximación a su genio. Después entré a un recuerdo.
En mi expectativa ávida llegué a proponerle: "Lo que quieras, Antonio. U-
na interrogación, mis iniciales firmadas por ti. Ahí". Él sonreía. Nos o-
tos bajos, con su honnoria habitual, esa sonrisa fíjate de hombre cuya na-
tura no le permite complacer a tanta gente. Mas el talento pictórico
de Antonio era tan excelso y natural que atraía al más profano. Yo sabía
que me leía, me decía que gustaba de mis escritos, pero esto nada tenía
que ver con mi deseo.

Le vi, le vi, volví a verle, a hablarle, él en Madrid, yo en Valia-
do, pero el tiempo transcurrió sin que nuestras relaciones progresaran.
Transcurrieron así más de tres décadas, al cabo de las cuales fue Antonio
López el que vino a mí a través de nuestro común amigo Antonio Piedra:

¡Cuánto habíamos envejecido!

-A Antonio López le gustaría hacerle una cabeza en bronce -me dijo.
Sentí un pequeño mareo, no me lo creí. No era posible que Antonio nece-
sitará algo mío. Me emocioné, pero tanto insistió que acabé admitiéndolo.
continúo. Habría alguna otra cosa que pudiera desear más en el mundo?
Se inició entre nosotros un trato más frecuente y familiar. Nos veíamos y
charlábamos. Antonio me observaba. Yo observaba a Antonio. Me cautivaba
la naturalidad de su ofrecimiento, su absoluta espontaneidad sin asomo de
esnobismo; Como si me diera un favor. Su manera de manifestarse estaba
a mí lejana de la autosuficiencia, y seguía trabajando a su manera, con-



sada, sin prisas, nunca movido por una ambición pecuniaria.

¿Qué admiraba más en Antonio? ¿Su persona o su obra? Su bondad, la modestia machadiana de su aliño indumentario, su humildad creadora, su absorbente profesionalidad, el afán de apartarse, de desplazar sobre otros su ^{valía:}

-Mi tío X, el de Tomelloso, ese sí que sabe.

Tenía esta obsesión. Los elogios que le dedicábamos a él los aplicaba a su tío con quien de niño mezcló los primeros colores. Él era solamente un copiadore, un aprendiz. No era tarea fácil sacarle de su juicio. Él pintaba, sí, pero el genio era su tío. Y su tío, el de Tomelloso, era realmente un ~~gran~~ talento natural, pero Antonio era el maestro.

^{Yo había tenido la}
La primera noticia que ~~tuve~~ ^{ya} de Antonio ~~fu~~ ^{ya} en la Fundación March, en años políticamente tristes. La March llevaba la batuta de la cultura y el que quería saber por dónde iban los tiros en ~~el~~ arte debía vivir conectado a ella. Allí vi ^{su} ~~una~~ primera obra en blanco y negro y me dije: "Si la Fundación le instala aquí es que es un artista consumado". Aún era un chico pero sus dibujos en blanco y negro, acogedores, domésticos, ¡ay aquel dormitorio en desorden de la casa de sus padres, tan auténtico, tan vivo! -me entusiasmaron. Sus grabados no estaban expuestos pero la gente visitaba la Fundación impaciente, anticipándose a la primera ~~am~~ muestra. Luego, su carrera meteórica: el color. Aquella encrucijada de la Gran Vía madrileña en cuya elaboración trabajaba únicamente dos o tres minutos cada mañana durante pocos días, para respetar los matices de la luz.

...sin prisas, nunca movido por una ambición pecuniaria.
 ¿Qué habría más en Antonio? ¿su persona o su obra? Su bondad, la mo-
 destia mecánica de su aliento inventivo, su humildad creadora, su abso-
 lute profesionalidad, el afán de ensayar, de deslazar sobre otros su

valor;

-Mi tío X, el de Tomelloso, ese sí que sabe.
 tenía esta obsesión. Los efectos que le dedicábamos a él los analizaba
 a su tío con un ojo de niño mirando los primeros colores. Él era solamente
 un contador, un selenita. No era capaz de sacarle de su juicio. Él dir-
 taba, sí, pero el genio era su tío. Y su tío, el de Tomelloso, era realmen-
 te un ser de talento natural, pero también era el maestro.

...en la Fundación March, en años
 políticos tristes. La March llevaba la batuta de la cultura y el que
 quería saber por dónde iban los tiros en el arte debía vivir conectado a
 ella. Allí vi una primera obra en blanco y negro y me dije: Si la funda-
 ción le instala aquí es que es un artista consumado. Aún era un chico pero
 sus dibujos en blanco y negro, accesorios, domésticos, muy sencillos, me en-
 tustaron. Sus grabados no estaban expuestos pero la gente visitaba la
 fundación impacientemente, anticipándose a la primera muestra. Luego, su corre-
 ción metafórica: el color. Aquella encrucijada de la Gran Vía madrileña en
 cuya elaboración trabajaba únicamente dos o tres minutos cada mañana du-
 rante pocos días, para respetar los matices de la luz.

El cine: La película "El sol del membrillo", de una meticulosidad prodigiosa, explicada por él mismo en una documentada lección. La Escultura, la tercera dimensión, el paso decisivo, que creo inició con los Reyes de España en el Patio Herrariano de Valladolid. El tiempo sólo conseguía ir perfilando su genialidad, cuyos ecos llegaron pronto a los portavoces de París y Nueva York. El hiperrealismo de Antonio se erigía en modelo plástico del momento. Decididamente la maestría de Antonio López había salvado las últimas fronteras.

Al llegar la primavera me avisó; venía a Valladolid, a verme, comimos juntos en El Caballo de Troya, con , su mujer, tocada también por la magia de la pintura. Antonio habló con su encogimiento habitual de su decisión de hacer mi cabeza en bronce, de su ilusión, de los pasos dados, hasta el momento. Volvimos a separarnos, mas en un corto plazo volvió por Valladolid -yo ya estaba demasiado viejo- a tomar los puntos de mi cráneo, a medirme. Fue una operación silenciosa, a pesar de los espectadores, tanto que se hubiera sentido volar una mosca. Yo me sentía conmovido ante el interés de Antonio. Hablar en ese momento me hubiese parecido una profanación. No he vuelto a verle.

Meses después me encontré a Antonio Piedra, el amigo común, en la calle, en Valladolid. Y tomé la decisión de sonsacarle a cualquier precio. No podía vivir en silencio su empeño. Di un rodeo y le pregunté si había visto al gran hombre:

- Claro, a eso iba

- Y dime ¿trabaja?

Se entabló de pronto un forcejeo entre mi ávida curiosidad y la educada

El cine: La película "El sol del membrillo", de una meticulosa producción, explicada por él mismo en una documentada lección. La Escultura; la tercera dimensión, el paso decisivo, que creo inició con los Reyes de España en el Patio Herrero de Valladolid. El tiempo sólo consigue ir perdiendo su genialidad, cuyos ecos llegaron pronto a los portavoces de París y Nueva York. El hiperrealismo de Antonio se erige en modelo clásico del momento. Decididamente la maestría de Antonio López había salvado las últimas fronteras.

Al llegar la primavera me avisó; venía a Valladolid, a verme, como un toro en el Caballo de Troya, con su mujer, tocada también por la magia de la pintura. Antonio habló con su encandilamiento habitual de su decisión de hacer mi cabeza en bronce, de su ilusión, de los pasos dados, hasta el momento. Volvimos a separarnos, mas en un corto plazo volvió por Valladolid -yo ya estaba demasado viejo- a tomar los puntos de mi cráneo, a medirme. Fue una operación silenciosa, a pesar de los espectadores, tanto que se hubiera sentido volar un mosquito. Yo me sentía conmovido ante el interés de Antonio. Hablar en ese momento me hubiese parecido una profanación. No he vuelto a verle.

Meses después me encontré a Antonio Piedra, el amigo común, en la calle, en Valladolid. Y tomé la decisión de sonarle a cualquier precio. No podía vivir en silencio su empeño. Di un robo y le pregunté si había visto al gram

nombre:

- Claro, a eso iba

- Y dime ¿trabaja?

Se estableció de pronto un forcejeo entre mi ávida curiosidad y la educación

reserva de Piedra. Yo aspiraba a una sola palabra pero definitiva. Antonio, en cambio, había decidido callar, esperar a que fueran la obra y el autor quienes hablaran en su momento. No me atrevía a atacar de frente y apelé a artimañas pueriles:

-¿Me parezco?

-Eso es secundario.

-Ya lo sé, pero en Antonio quizá no.

Antonio Piedra sonreía, consciente de mi decepción. Le pregunté cuándo podría ver "mi cabeza", no podía soportar la espera:

-Antonio quiere llevarla a Valladolid en octubre, el día de tu homenaje y presentarla a los hispanistas asistentes al tiempo que tus obras completas.

-Pero yo no puedo esperar hasta octubre, Antonio -dije.

-Tú verás, pero ese es el proyecto.

Se cerraba; no soltaba prenda. Se mantenía en sus trece. Yo me mostraba torpe en mis pretenciones de hacerle hablar. Ataqué de nuevo:

-Pero, por favor, Antonio ¿es un trabajo importante?

-De Antonio López, ¿qué más quieres? Con ello está dicho todo.

-Y ¿está logrado?

Antonio, al hablar del otro Antonio, mantenía una actitud reverencial, de respeto. Emitió un levísimo cloqueo y se diría por sus ademanes y la exageración de su rostro, por la manera de abrir la boca, un poco exagerada, que iba a pronunciar un largo discurso, pero dijo simplemente:

-Estás hablando, la verdad.



reserva de Piedra.. Yo aspiraba a una sola palabra pero definitiva. Antonio,
en cambio, había decidido callar, esperar a que fueran la obra y el autor
quienes hablaran en su momento. No me atrevía a atacar de frente y así a
artimanas querías:
-¿Me parecías?
-Eso es secundario.
-Ya lo sé, pero en Antonio quizá no.
Antonio Piedra sonreía, consciente de mi decepción. Le pregunté cuándo
podría ver "mi cabeza", no podía soportar la espera:
-Antonio quiere llevarla a Valladolid en octubre, el día de tu homena-
je y presentarla a los hispanistas asistentes al tiempo que tus obras com-
pletas.
-Pero yo no puedo esperar hasta octubre, Antonio -dijo.
-Tú verás, pero ese es el proyecto.
Se cerraba; no soltaba prenda. Se mantenía en sus trece. Yo me mostraba
torpe en mis pretensiones de hacerla hablar. Después de nuevo:
-Pero, por favor, Antonio es un trabajo importante?
-De Antonio López, ¿qué más quieres? Con ello está dicho todo.
-Y estás loco?
Antonio, al hablar del otro Antonio, mantenía una actitud reverencial,
de respeto. Emitió un leve suspiro y se giró por sus ademanes y la exa-
geración de su rostro, por la manera de abrir la boca, un poco exagerada, a
que iba a pronunciar un largo discurso, pero dijo simplemente:
-Estás hablando, la verdad.

